

La calle para el jueves 28 de octubre de 2010

Diario de un espectador

El nombre de Alí

Miguel ángel granados chapa

Alí Chumacero cobró fama de ingenioso charlista, siempre con una frase oportuna. Si no lo llevó consigo de Acaponeta a Guadalajara y luego a la ciudad de México, en este lugar le regalaron ese don, o lo afinaron, sus amigos poetas, Octavio G. Barreda, el principal entre ellos.

En la revista *Letras de México*, Barreda estableció una columna anónima (pero cuya autoría era conocida), titulada “El pez que fuma”, que él mismo escribía, si bien se alternaba con Xavier Villaurrutia y Jaime Torres Bidet. Además de fumar, el referido pez hablaba, lo mismo que otros miembros de su pecera, y “con cierto espíritu irónico y sarcástico...hacían críticas o sátiras sobre autores del momento”. Una vez se ocuparon del nombre de Alí Chumacero. Lo escribió Villaurrutia y dice así:

“En un descanso de su habitual aleteo al gua libre, los pececillos peripatéticos detuviéronse a comentar el origen de las especies, de las raras especies de nombres que usan los poetas. Por ejemplo, decía el más vivaz y tornasolado: ¿Qué es eso de llamarse Alí Chumacero? Ésta es una extraña invención, porque si cada una de las partes del nombre es rara en sí, el enlace de ambas es inconcebible. Los demás pececillos aprobaron entre dos gargarismos. ‘No conozco más Alí —dijo el más avieso— que el de los cuarenta...’

Para llamar sobre sí la atención, el pez erudito tosió levemente. Los demás lo miraron de reojo, imposibilitados como están para ver de frente. El pez erudito tomó la onda y dijo: ‘Alí es, queridos amigos, nombre de poeta famoso, aunque hoy injustamente olvidado. Allá en el desierto de Egipto floreció por el año de 530 el poeta Abú Alí, celebrado igualmente por sus poemas y por su sabiduría en la ciencia matemática. Son de Abú Alí estos delicados versos sobre el amor matemático, que tradujo el duque de Noroña:

Cuantas veo me gustan/ dividirme no puedo, /a todas las adoro,/ a ninguna prefiero./ El círculo son ellas,/ mi corazón el centro, / y los radios igualan/ el amor que les tengo.

Los peripatéticos quedaron absortos ante la erudición del pez Octavio. Y sólo uno de ellos, el pececillo dialéctico, se atrevió a comentar: ‘Eso prueba lo primero, pero, ¿y lo Chumacero?’ ‘Sobre eso no hay antecedente, añadió ruborizándose, el pez Salmón.

‘Chumacera —que no Chumacero— es cosa de esas tristes invenciones del hombre llamadas máquinas. Las máquinas son antipoéticas por excelencia. Y el rubicundo animal hubiera seguido su interminable razonamiento, si el pez erudito no hubiese vuelto a tomar la palabra:

‘Existió en Castilla —en tiempos que no me avergonzaría tener que recordar a nuestro compañero el pez Salmón, que no es precisamente el pez Salmón—un excelentísimo señor don Juan de Chumacero, Carrillo y Sotomayor. Y en fluido estilo que deberíamos imitar, otro pez gordo e inmortal, el pez con anteojos más águilas que ha visto la luz, dedicábale su vida de san Pablo apóstol: es vucelencia hijo del señor Francisco Chumacero, del Consejo real y de la Cámara, varón por su integridad y letras, etc., etc. El pez gordo y con anteojos no era otro que el inmortal Quevedo.

Sin esperar réplica y después de haber bañado a los peripatéticos pececillos, el erudito batió sus aletas y se alejó del grupo pensando que nada, ni el nombre del terrestre Alí Chumacero, es de generación espontánea, y que hay más cosas en la tierra y en el agua que las que han soñado la filosofía y la maledicencia”.